Nº 126

ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMATICA

BLAS EL LABRIEGO

JUGUETE DRAMATICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

GABRIEL GONZALEZ PRATS

MADRID
CEDACEROS, 4, 2.° IZQUIERDA

1891

BLAS EL LABRIEGO

463:6

BLAS EL LABRIEGO

JUGUETE DRAMATICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

GABRIEL GONZALEZ PRATS

Representado por primera vez en el TEATRO CALDERON de Valladolid, la noche del 14 de Diciembre de 1890.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1891

PERSONAJES		ACTORES
MARÍA	Sra.	Constan.
LAURA	Srta.	Bernáldez.
BLAS	Sr.	González.
JUAN	»	Vigo.
LEÓN	»	Cordero.
ALCALDE	»	Carsi.
ALDEANA 1.ª	Sra.	Corcuera.
IDEM 2.ª	»	Méndez.

La escena en un pueblo de Aragón y al terminar la guerra de África.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL APLAUDIDO ACTOR

DON JOSÉ GONZÁLEZ

en prueba de sincera amistad,

G. González Prats.

ACTO ÚNICO

La escena representa el arrabal de un pueblo; al fondo campo, á la derecha la casa de Blas con puerta accesible para el actor. Al levantarse el telón se oirán el ruído lejano de los cohetes y una rondalla.

ESCENA PRIMERA

LAURA y varias ALDEANAS, figurando despedir al ALCALDE

ALD. 1.ª ¡Que viva el señor Alcalde!
TODAS. ¡Viva!
LAURA. ¡Viva la rondalla!
TODAS. ¡Viva!
LAURA. Bajemos la voz.
No olvidéis que en esta casa
habita el anciano padre
del sargento de las Navas.
ALD. 2.ª No hay nadie; con su sobrina
debió salir.
LAURA. ¡Desgraciada!
ALD. 1.ª ¿Qué la espera en este mundo?
LAURA. Luto en el cuerpo y el alma,
su primo y novio murió
combatiendo en la batalla

de los Castillejos.

ALD. 1.ª ¡Y ella!...

LAURA. Desde entonces va enlutada,
y nunca más se la ha visto
en los bailes de la plaza.
Sólo su tío no cree
que Juan ha muerto, y se enfada
con los que le dan el pésame.
Dice que al ir á campaña
lo puso de San José
bajo la divina guarda,
y espera que San José
lo ha de volver á su casa.

ALD. 2.ª ¡Será loco!

LAURA. Es buen cristiano;
mas el infelíz se engaña,
porque su hijo Juan murió
en lucha desesperada,
abrazado á su bandera
y acribillado de balas.

ALD. 1.ª Yo quiero mucho á María
y el tío Blas me inspira lástima;
pero por hoy los olvido.

LAURA. Vámonos hacia la plaza.

TODAS. ¡Vamos!

ALD. 1.ª Pero díme antes
las fiestas que se preparan,
pues como hija del Alcalde
debes saber el programa.

LAURA. A las doce se reparten
limosnas; luégo, en la plaza,
se correrán dos novillos.

ALD. 1.ª No son novillos, son vacas:
me lo ha dicho el tío Cazurro
que es el dueño de ellas.

LAURA. Calla;
si embisten, lo mismo da
que sean novillos ó vacas.
Esta tarde cantarán
la Salve, luégo fogatas,
á la noche habrá un gran baile,
misa y *Te Deum* mañana,

y en los días sucesivos
carreras y cabalgatas,
bailarines con palillos,
tiro de barras, cucañas,
¡y más toros, y más fuegos,
y más música y más danza...!

ALD. 1.ª Bien vamos á divertirnos.

LAURA. Va á empezar la fiesta.

ALD. 1.ª En marcha.

TODAS. ¡En marcha!

ALD. 1.ª ¡Viva el Alcalde!

ALD. 2.ª ¡Viva la paz!

LAURA. ¡Viva España!

(Vanse todas corriendo y con gran algazara.)

ESCENA II

BLAS y MARÍA, saliendo al fondo y por la izquierda.

BLAS. ¿Por qué correrá la gente
á la plaza con tal prisa?
¡No siendo día de misa
es cosa muy sorprendente!
¿No escuchas la gritería
y los vivas de contento?
Anda, vete en un momento
á ver qué ocurre, María.
(María permanece inmóvil.)
¿Sobrina, por qué no vas?
(Con impaciencia.)

MARIA. Es... que...

BLAS. ¿Qué?

MARIA. (Con temor.) Según he oido,
parece se ha recibido
la noticia...

BLAS. ¡Acabarás!

MARIA. Dice el público rumor
que hay paz con el marroquí.

BLAS. ¿Y es cierto? (Gozoso.)

MARIA. Afirman que sí.

BLAS. ¡Loado sea el Señor!

MARIA. (Ap.) ¡Virgen Santa! ¡Madre mía!

¡Ilumina su razón
y alienta su corazón
contra la fortuna impía!

BLAS. Rezando estás con afán
y yo aplaudo tu fervor.
Dale gracias al Señor
porque nos devuelve á Juan.
Él, á nuestra pobre casa,
tan antigua como honrada,
con su presencia adorada
traerá ventura sin tasa.
Unidos en santos lazos
viviréis entre alegrías,
y yo acabaré mis días
reclinado en vuestros brazos.

MARIA. Dáis por desgracia al olvido
aquella historia brillante,
que relató el comandante
cuando al pueblo vino herido.
Contó que Juan, buen soldado,
vió en peligro su bandera,
y luchó como una fiera
hasta que la hubo salvado;
y que le dijo, admirando,
el general su valor:
«Ponte al pecho, cazador,
esta cruz de San Fernando;»
y su propia cruz le dió
con cariñosa emoción,
mientras que su batallón
unánime le aclamó.

BLAS. No prosigas, que me mata
el orgullo y la alegría;
ese relato, María,
¡qué bien á mi Juan retrata!

MARIA. Mas, ¡ay! Después, impulsado
por su arrojo, se lanzó
contra el moro y avanzó
tanto, que se vió cortado,
y aunque luchó tenazmente
con ruda, indomable saña,
exclamando: ¡Viva España!

sucumbió como un valiente.

BLAS. Tu esfuerzo inútil será;
Juan no ha muerto ¡yo lo sé!
¡se lo entregué á San José
y él me lo devolverá.

MARIA. (Ap.) ¡Dios mío, qué obcecación!
su tranquilidad me espanta.

BLAS. Nada en el mundo quebranta
la fé de mi corazón.
(Signos de abatimiento en María. Cogiéndola la mano y con ternura.)
Disipa el negro pesar
y muestra cual yo, alegría;
ya te lo he dicho, María,
no quiero verte llorar.
(Entra lentamente en la casa.)

ESCENA III

MARÍA sola.

¿Por qué la paz deseabas?
¿Qué esperas, desventurado?
¡Si el hijo á quien tanto amabas,
aquél por quien suspirabas,
no ha de volver á tu lado!
¡Nunca más vendrá risueño
á besar tus nobles canas
con dulce y amante empeño;
pues duerme el eterno sueño
en las playas africanas!
Hice, cuanto me fué dado
para alumbrar tu razón;
pero en tu error obstinado,
sordo á mi voz te has mostrado
y más firme en tu opinión.
¡Ah! ¡Esa fé, no sabes cuánto
aumenta mi hondo pesar
y acibara mi quebranto,
(Aparece León en el foro.)
pues sufriendo tanto, tanto,
ni me permites llorar! (El final sollozando.)

ESCENA IV

DICHA y LEÓN

LEON. ¿Por qué te aflijes, María?
MARIA. (Ap.) ¡Santo cielo! ¡Don León!
(Riendo.) ¿Yo aflijirme? ¡qué aprensión,
si estoy loca de alegría!
LEON. Creí que el dulce mirar
de tus pupilas hermosas,
empañaban silenciosas
dos lágrimas de pesar.
Creí que en lánguido giro,
emblema de tus agravios,
se escapaban de tus labios
un sollozo ó un suspiro.
Y con previsor desvelo
viéndote así padecer,
quise al dolor oponer
el dique de mi consuelo.
MARIA. No es cierto; pero agradezco
en el alma, don León,
esa galante atención
que yo, en verdad, no merezco.
LEON. Tú, ¡qué no has de merecer!
¡Ah! ¡Si en mi pecho leyeras,
qué pronto te convencieras
de lo que vales, mujer!
Por un suspiro de amor,
por una lágrima, una,
daría yo mi fortuna,
mi vida y hasta mi honor.
Llevo tu imagen grabada
del alma en lo más profundo;
ya no concibo más mundo
que el que abarca tu mirada,
y en la noche y en el día,
estés ó no estés delante,
mis ojos ven tu semblante,
mis labios dicen: María.
MARIA. Con vuestro amor me acosáis.

LEON. ¡Te acoso porque padeces!
MARIA. Ya os he dicho muchas veces
que es inútil insistáis;
he formado, don León,
propósito de no amar,
y no lograréis cambiar
mi firme resolución.
LEON. ¡Tú no amar! Me haces reir.
MARIA. Tendré para ello valor.
LEON. ¿Cuándo, dime, sin amor
podrá la mujer vivir?
MARIA. Será difícil, es cierto;
pero mi amor murió ya,
y más difícil será
volver á dar vida á un muerto.
LEON. Cede si tu mente alcanza
el pesar del alma mía.
¡Ay! ¡Es tan triste, María,
el vivir sin esperanza!
MARIA. Por última vez, señor,
os volveré á repetir,
que no quiero más oir
vuestras palabras de amor
LEON. Desdeñas mi amor profundo
sin detenerte á pensar,
que puedes pronto quedar
abandonada en el mundo.
Huérfana eres...
MARIA. Sin consuelo.
LEON. Murió tu primo.
MARIA. ¡Si, á fé!
LEON. Blas es anciano.
MARIA. ¡Lo sé!
LEON. ¿Y en quién fías?
MARIA. ¡En el cielo!
LEON. Es que quieres destrozar
hasta mi última ilusión.
MARIA. No comprendo, don León,
cómo lo podéis dudar.
LEON. (Ap.) En mis proyectos no cedo,
pero no suplico más.
(Á María.) ¡Insensata! ya sabrás

lo que valgo y lo que puedo.

MARIA. No alcanza vuestro poder
á humillar mi voluntad.

LEON. Ya lo veremos.

MARÍA. Probad.

LEON. Olvidas que eres mujer;
olvida tu engreimiento,
que Blas, mi colono es,
y que ya me adeuda tres,
tres años de arrendamiento.
Olvida tu vanidad,
que hoy os puedo despedir
y obligaros á pedir
el pan de la caridad.

MARIA. ¡Á orgullo tan loco y necio,
á tan bajo proceder,
sólo puedo responder
con el más alto desprecio.
Ese rencor desplegad
y pronto; pues yo prefiero
á vuestro amor y dinero,
el pan de la caridad. (Pausa.)
¡Vaciláis!

LEON. Oye, mujer.

MARIA. Ni una palabra.

LEON. (Con ira.) ¡Ay de tí!
y no me culpes á mí
de lo que va á suceder;
(Aparece Blas en el umbral de la puerta.)
las doce van pronto á dar,
en tanto, yo, de aquí me voy,
y ese intervalo te doy
para poderlo pensar;
mas cuando se apague el ruído
de la postrer campanada,
si sigues tan obstinada
cumpliré lo prometido.

BLAS. (Adelantándose.)
Excusad el molestaros.

LEON. ¡La rabia mi pecho abrasa!

BLAS. Tú, María, espera en casa.
(María trata de negarse, pero Blas, con energía,

vuelve á señalarle la puerta, obedeciendo ella entonces.)
Yo voy la respuesta á daros. (Á León.)

ESCENA V

BLAS y LEÓN

BLAS. He oído, León, frase por frase,
cuanto dijiste á la infelíz María,
y al ver que miserable amenazabas
á una niña indefensa y afligida,
¡vive Dios! comprendí que era tu nombre
digno del odio que en el pueblo inspira.
LEON. ¿Por qué así me tuteas? ¡Insolente!
ese ademán audáz, ¿qué significa?
BLAS. ¿Es así cómo un hombre se comporta?
¿es tu conducta, dí, de un noble digna?
Tú no eres noble, no, que si has nacido
en cuna que blasones guarnecían,
la sangre que circula por tus venas
¡está, mal que te pese, envilecida!
LEON. ¡Sella tu labio, Blas! pues si te he oído
con aparente calma y faz tranquila,
fué porque á respetar las nobles canas
aprendí en los albores de mi vida.
BLAS. ¡Respetar tú las canas! ¡Qué locura!
lo que te tiene á raya, es mi energía.
LEON. ¡Basta ya!
BLAS. ¡No! no basta, hace un momento
has querido imponerte á mi sobrina,
y con mayor derecho á tu soberbia
ahora me impongo yo. ¡La frente humilla,
que aún no acabé! Quisistes orgulloso
al ya crecido número de víctimas
agregar una más, y te acordaste,
revolviendo unos nombres, de María.
¿Es así cómo pagas los servicios
que he prestado leal á tu familia?
¡digna acción de quien lleva en pobre cárcel
un alma por los vicios corrompida!

LEON. ¡Ni una palabra más! Ya has agotado
el sufrimiento y la paciencia mía,
y juro por Luzbel que he de matarte
si otro insulto profieres.

BLAS. ¡Causa risa
tu impotente amenaza! ¡Tú matarme!
¡Miserable! Si el miedo te domina
y tiemblas, como tiemblan en los bosques
las hojas por el viento sacudidas;
por eso no te ahogo entre mis manos,
pues fuera, ¡vive Dios! gran cobardía
matar á quien no sabe defenderse,
herir al miserable que se humilla.

LEON. No sé por qué tu voz mi sangre hiela;
no sé por qué tus ojos me fascinan;
no sé por qué á mi pecho falta aliento;
no sé qué extraña fuerza me domina.

BLAS. ¿Sabes por qué? Porque mi voz despierta
la severa conciencia que dormía,
é implacable te acusa, sublevando
los sombríos recuerdos de tu vida.
¿Sabes por qué? Porque mi voz reviste
la firmeza que presta la justicia
y temiendo su fallo inexorable,
palideces, te ahogas y te agitas.
Da gracias al Señor, que bondadoso,
tu ofuscada razón hoy ilumina;
bendice su piedad, y arrepentido,
á pedirle perdón cae derrodillas.

LEON. ¿Qué has osado decir? ¿yo arrodillarme?
¿ante quién?

BLAS. ¡Ante Dios!

LEON. No es este el día
de pedirle yo nada; tú si acaso,
que á su inmensa bondad todo lo fías,
díle que deje el trono en que se sienta
y venga aquí para evitar tu ruína. (Vase.)

(Se oyen las doce en un reloj de torre.)

BLAS. ¡Perdónalo, Señor, cual perdonaste
del Gólgota en la cumbre enrojecida,
á los que al darte muerte ignominiosa
con tu muerte la vida recibían.

ESCENA VI

BLAS y MARÍA

MARIA. (Con terror.) ¡Las doce acaban de dar!
¡Las doce!
BLAS. (Indiferente.) Las doce han sido.
¡Y qué importa!
MARIA. Ese sonido
siento en el alma vibrar.
(Se empieza á oir el toque de *Angelus*.)
BLAS. El *Angelus*, hija mía;
de esa campana el acento
que vibra rasgando el viento,
nos pide un Ave María.
Rézala con devoción
y alza tus ojos al cielo;
la plegaria es un consuelo
cuando sufre el corazón.
Es un bálsamo divino
cuyo ténue aroma calma
los sufrimientos del alma,
los rigores del destino;
y ella en la adversa fortuna
da sonrisas al que llora,
como el celaje colora
el cristal de la laguna.
MARIA. La oración consolaría
el pesar que el alma siente,
si sobre mí únicamente
rugiese la suerte mía.
¡Ah! Mas quizás no sabéis
que León nos va á quitar
nuestras tierras, nuestro hogar,
y anciano y pobre, ¿qué haréis?
BLAS. Con firme tranquilidad
doblar ante Dios la frente,
y acatar humildemente
su divina voluntad.
Por más que sienta al partir
de esta casa idolatrada,

el alma despedazada
y el deseo de morir.
Que en ella nació mi padre,
en ella, también nací,
en ella felíz viví
y en ella murió tu madre.
Creí que bajo su techo
acabara mi existencia.
¡Dios no lo quiso... paciencia!
¡Él sabrá por qué lo ha hecho!

MARIA. (Desesperada) ¡Y mi madre! ¡Madre mía,
qué bien hiciste en morir!

BLAS. Ella te enseñó á sufrir,
sigue su ejemplo, Maria.
Mujer noble y esforzada
jamás se dobló al pesar,
y nunca la ví llorar
aunque fué muy desgraciada.

MARIA. Os engañáis. Con misterio
al morir del sol la luz,
iba á orar ante la cruz
que está junto al cementerio;
y al tenerme con amor
reclinada en sus rodillas,
inundaban mis mejillas
sus lágrimas de dolor.
Cuántas veces profería
frases que no la entendí,
y cuántas veces la oí
decir: proteje á María.
Y entonces, ¡ay! suspiraba
con amargo desconsuelo,
y en la inmensidad del cielo
sus negros ojos clavaba.

BLAS. ¡Para no aumentar mi pena
sufría en la soledad!

MARIA. ¡Era un ángel de bondad!

BLAS. (Conmovido.) ¡Era muy buena, muy buena!
(Transición.)
Me has causado honda tristeza,
no me la recuerdes más,
porque si no, lograrás

que vacile mi firmeza.

MARIA. Callo.

BLAS. Calma tu amargura
y en mis vaticinios fía,
tras este tiempo, hija mía,
vendrán días de ventura;
cese tu doliente afán,
que á la hora menos pensada,
oirás la voz deseada
de nuestro querido Juan.

MARIA. (Ap.) (¡Que perderá el juicio infiero!)
(Desolada.)
¿Cómo ha de venir si ha muerto?

BLAS. Lo dicen; pero no es cierto.

MARIA. ¿Aún esperáis? (Con extrañeza)

BLAS. (Con firmeza.) Aún espero.
Vámonos á preparar
lo que hayamos de llevarnos,
pues pronto vendrán á echarnos,
María, de nuestro hogar.

MARIA. ¿Creéis que desapiadado
cumplirá lo que ofreció?

BLAS. ¡Nunca el viento respetó
al tronco ya desgajado!
Sígueme. (Dirigiéndose á la casa.)

MARIA. Dispuesta estoy.

BLAS. (Volviéndose.) Si luego con él te vieres,
pórtate como quien eres,
yo obraré como quien soy.
(Entrando.) ¡Del porvenir el arcano,
me espanta sólo por ella! (Vase.)

MARIA. ¡El rigor de nuestra estrella
me asusta por ese anciano!

ESCENA VII

MARÍA y LAURA

LAURA. ¡María!

MARIA. ¡Laura!

LAURA. He sabido...

acaba de entrar en casa
don León...

MARIA. ¿Y qué pretende?

LAURA. Que se os quite la labranza,
la heredad, la casa, todo.

MARIA. ¡Todo, sí; no me engañaba!
¿Y tu padre?

LAURA. ¡Qué ha de hacer!
Como es Alcalde y lo manda
la ley...

MARIA. La ley de los hombres
que siempre llama y no ampara,
que siempre tiende los brazos
y que ahoga cuando abraza.
¡Qué va á ser de mí, Dios mío!
¡Hoja que el viento arrebata
en su vuelo, nunca sabe
si al impulso de la ráfaga
irá á perderse en la altura
ó en el cieno de la charca!

LAURA. ¡Qué ideas!

MARIA. Tristes, ¿no es cierto?
Hay que sufrir la desgracia;
pero piensa que un anciano,
á quien ya las fuerzas faltan,
la va á compartir conmigo;
piensa que desde mañana
iré á pedir el sustento
con el alma desgarrada,
con la sonrisa en los labios
y en los ojos muchas lágrimas.

LAURA. ¡Eso nunca! No, María;
padre es pobre; pero en casa
tendréis pan, tendréis abrigo,
familia y...

MARIA. (Interrumpiéndola.) ¡Oh, gracias, gracias!

LAURA. Juan volverá.

MARIA. No, harto sabes
que es cierta nuestra desgracia.
Al principio de esta ausencia
viví un tiempo de esperanzas;
ahora vivo del recuerdo,

que es lo mismo para el alma:
la una es el goce que llega,
el otro el goce que pasa.

LAURA. ¡Pobre María!

MARIA. No llores,
diviértete, ve á la plaza,
allí hay canciones, festejos:
aquí ya no hay más que lágrimas.
Allí hay músicas alegres,
y hasta aquí tan sólo alcanza
alguna perdida nota
que encuentra un eco en el alma.

LAURA. Yo quisiera...

MARIA. Si es inútil;
si no me convences, Laura;
vete; nunca olvidaré
tus cariñosas palabras...

LAURA. Me iré si es que así lo quieres.

MARIA. Ya nos veremos mañana.

LAURA. No, esta tarde.

MARIA. Cuando gustes.

LAURA. Valor, y adiós. (Cogiéndola la mano.)

MARIA. ¡Adiós, Laura!

(La ve alejarse, y llorando entra con paso vacilante en la casa.)

ESCENA VIII

DON LEÓN y el ALCALDE; éste con un pliego en la mano.

LEON. En vano insistes, Alcalde,
pues no cedo en la demanda.
Cumple con tu obligación
y sin más demora embarga.

ALC. ¿Y por tan pequeña suma
queréis hacer la desgracia
de una huérfana infelíz
y un hombre lleno de canas?

LEON. Harta paciencia he tenido:
há tres años que no paga
la renta.

ALC. Que le quitéis
vuestras tierras arrendadas,
es justo; pero dejadle
al menos su pobre casa.
LEON. Que pague con ella.
ALC. ¡Oh! No debéis nunca quitársela. (Con ira.)
LEON. Yo creo que debo hacerlo,
y mi criterio me basta.
ALC. Pudiérais equivocaros.
LEON. ¿Y á ti qué te importa?
ALC. ¡Nada!
LEON. Pues entonces, de consejos
prescinde, Alcalde, y embarga.
ALC. Apiadáos, por respeto
á su reciente desgracia;
recordad que su hijo Juan,
el que sus tierras labraba,
consuelo de sus tristezas
de su vejéz esperanza,
haciendo, lo que no todos
suelen hacer por su patria,
murió herido mortalmente
en las costas africanas.
LEON. Cumplió con su obligación.
ALC. (Ap.) (¡De buena gana lo ahogaba!)
LEON. ¿Y pretendes que yo ahora
me apiade de una desgracia
por la cual el mismo Blas
no ha derramado una lágrima?
ALC Es que no cree que ha muerto
el hijo á quien tanto amaba.
LEON. (Riendo.) ¡Estúpido! ¿Le pondría
en el pecho una medalla
creyéndola un talismán
para rechazar las balas?
Pasaron aquellos tiempos
de Covadonga y las Navas.
ALC. Señor, aunque no comprendo
de historia ni una palabra,
pues no he leído más libros
que el Catón, Fleuri y Ripalda,
sé muy bien que esos dos nombres

se pronuncian en España
con el sombrero en la mano,
con el respeto en el alma.

LEON. Eres todo un orador.

ALC. Soy un hombre de labranza
que ama, respeta, y venera
su religión y su patria.

LEON. (Ap) Es un doctor el labriego.

ALC. (Ap.) Ahogándome está la rabia.
¡Si no fuera autoridad,
aquí mismo lo estrellaba!
Tomad el auto del Juez
y retirad la demanda.

LEON. ¡Me haces reir, buen Alcalde!

ALC. Reíos hoy, que mañana
lloraréis amargamente,
que las acciones villanas
si aquí no tienen castigo,
en otra parte se pagan. (Indicando el cielo.)

LEON. Pues mientras llega ese instante,
cumple tu deber y embarga.

ALC. Voy á hacerlo. (Ap.) Ni una hiena
tiene tan malas entrañas.

LEON. (Ap.) ¡Por ser dueño de María
á los infiernos bajara!

ALC. (Acercándose á la puerta.)
Dios proteja á este infelíz.
(Llamando.)
Blas. Sal pronto.

BLAS. (Desde dentro.) ¿Quién me llama?

ALC. La justicia.

BLAS. (Desde el umbral.) ¡Bien venida
sea la justicia á mi casa!

ESCENA IX

DICHOS, BLAS y MARÍA; luégo LAURA y JUAN

Blas se adelanta con dignidad; María le sigue llorando. León se coloca junto á ésta.

ALC. A ruego de don León,

el Juez se sirve ordenar
que se proceda á embargar
tus bienes sin dilación.
(Aparte á Blas.)
Hé aquí el auto, no he podido
convencer al miserable.

BLAS. (Después de coger el pliego y leer la fecha.)
Es aún más detestable
de lo que yo había creído.

LEON. (Con sorna.) Veo, y mejor es así,
que tu orgullo y tu insolencia
se han calmado ya.

ALC. (Á Blas.) ¡Prudencia!

LEON. Aún es tiempo. (Á María.)

MARIA. (Á León.) Idos de aquí.

BLAS. Como cristiano que soy,
pensé, León, sin hablarte,
sin quejarme y sin odiarte,
entregar mis bienes hoy;
pero me vuelves á herir
con ese sarcasmo, tanto
que como no soy un santo
no me puedo reprimir;
por eso, aunque no quisiera,
porque mi desgracia labra,
te dirijo la palabra
aunque por la vez postrera.

LEON. ¿Qué quieres?

BLAS. Lo vas á ver;
el auto que has presentado
ha sido, León, firmado
con fecha de antes de ayer,
y con criminal dobléz
mientras tu pasión fingías,
ya en el bolsillo tenías
el mandamiento del Juez.
Luego era un plan concebido
con siniestra detención,
digno de ese corazón
cobarde y envilecido.

MARIA. (Á Blas.) ¡Tío, por Dios!

ALC. (Aparte.) (¡Qué malvado!)

LEON. Sella ese labio insolente!
BLAS. Quiero que sepa la gente
el proceder que has usado:
yo en público he de decir
que á María, mi sobrina,
el deshonor ó la ruina
la has obligado á elegir.
Yo, pues me sobra valor,
he de darte á conocer,
y todos han de saber
tus crímenes con horror.
LEON. Alcalde, á lo que has oído,
nada debo contestar;
procede al punto á embargar,
que harta paciencia he tenido.
BLAS. ¡Tú paciencia!
LEON. ¡Por Luzbel!
ALC. ¡Perdonadle!
LEON. ¡No!
BLAS. ¡Estás loco!
Me tendría yo en muy poco
si aceptase nada de él.
LEON. Domaría esa insolencia
si fueras más joven, Blas,
porque repito que estás
cansando ya mi paciencia.
¡Ojalá tu hijo viviera
y ojalá estuviera aquí,
él pagaría por tí,
él á mis manos muriera!
BLAS. Ya vendrá, calma tu afán.
LEON. (Con ironía.) ¿Vendrá?
BLAS. En mi palabra fía.
LAURA. (Entrando anhelante.)
¡Albricias, tío Blas, María!
BLAS. ¿Qué ocurre?
LAURA. Ocurre... que... Juan...
BLAS. ¡Acaba!
LAURA. Lo han visto.
LEON. (Con ira.) ¡Oh!
BLAS. (Con gozo.) ¿Dónde?
LAURA. No lejos de aquí.

MARIA. ¿Eso es cierto?
BLAS. Cierto, sí,
mi fé nunca me engañó.
¡Corramos!... ¡Hijo querido!
LAURA. (Queriendo detenerlo.) Está lejos todavía...
ALC. ¡Esperad!
BLAS. No .. ven, María.
ALC. Más calma, tío Blas.
BLAS. ¿Qué he oído?
¡Calma cuando al fin el alma
logra su bien más prolijo...!
¿Calma? ¡Me la trae mi hijo,
por eso voy tras la calma!
Corramos.
(Yendo al foro seguido de María. Grito del alma.)
¡Juan!
LAURA. (Mirando al foro.) Vedle ya.
MARIA. Me va á matar la alegría.
JUAN. (Entrando precipitado en traje de teniente de infantería y seguido de varios Aldeanos.)
¡Padre del alma!. . ¡María!
(Quedan abrazados formando grupo; todos lloran, excepto León que dice con rabia.)
LEON. (Ap.) ¡Ira de Dios!
ALC. (A León con tono provocativo.)
¡Aquí está!

ESCENA X

TODOS

BLAS. No me engañé al decir, hijo del alma,
que en breve volverías á mis brazos.
JUAN. Herido y prisionero en Castillejos,
tengo vida y soy libre por milagro;
un renegado me hizo su cautivo,
mis heridas curó con sus cuidados,
y él mismo me condujo al campamento
en su brioso y corredor caballo.
Volví á mi batallón, y combatiendo
en Tetuán y Wad-Ras entre sus bravos,
conquisté los galones de teniente

conque vuelvo orgulloso á vuestro lado.
(Blas le abraza intentando proferir algunas palabras.)
Pero estáis afligidos. ¿Por qué causa
de tus pupilas el copioso llanto,
viene á nublar el goce de este día
para nosotros tres tan deseado?
(María solloza.)
¿Por qué lloras?

ALC. (A León, que intenta irse.)
¡Eh, quieto!

JUAN. (A María.) ¿Qué te pasa?
No respondes y sigues sollozando.
(Volviéndose y viendo el auto que tiene Blas.)
¿Qué hace el Alcalde aquí? ¿Qué pliego es ese
que convulso estrecháis en vuestra mano?

BLAS. (Ocultándoselo hasta que Juan se lo arrebata.)
¡Juan!

JUAN. (Abriendo el pliego.)
¡Ah, todo lo comprendo!

ALC. (A León.) No te marchas
hasta que demos cumplimiento al auto.

JUAN. (A León.)
Lo estoy viendo y lo dudo. ¡Miserable!
¿Conque eras tú? ¡Aquel á cuyo amparo
puse, al marchar á defender la patria,
los seres á quien todo lo consagro!
¡Eras tú, quien faltando á sus deberes,
del oro por la sed sólo impulsado,
intentabas lanzar en la miseria
á ese achacoso y desvalido anciano!
¿Se trata de una deuda? ¿No hay dinero?
Pues con honra ó con sangre yo la pago.
¿Se trata de embargar? Pues yo respondo:
mis bienes son la gloria del soldado.
¡Vacilas, no te atreves ni á mirarme!
¡te agobia la vergüenza! ¡No es exraño!
¡De qué sírven el oro y los blasones
si cubren un escudo ya empañado!
De oprobio nada más; son cual arroyos
que corren hacia el fondo del pantano;
su cristalina transparencia pierden

y aumentan sólo el asqueroso fango!

LEON. No puedo oirte más.

JUAN Sí, vete al punto;
no eres digno de estar á nuestro lado.

LEON. Me voy; pero quizás te pida un día
de tus insultos cuenta.

JUAN. (Conteniéndose.) ¡Oh! Insensato!
no me la pedirás, ya me conoces;
puedes irte, recoge antes el auto,
y no temas perder ese dinero,
pues yo sabré pagar lo que adeudamos.

LEON. (Rasgando el pliego.)
¡Ahí lo tienes! Adiós mis esperanzas. (Vase.)

ALC. Así me gustas, así, vete rabiando.

ESCENA ÚLTIMA

TODOS menos LEÓN

JUAN. ¡Padre!

BLAS. ¡Hijo mío!

JUAN ¿María!
Cese ya tanto dolor,
no llores más.

ALC. ¡Por favor!

MARIA. ¡Si ahora lloro de alegría!
Es tan extraño gozar
después de tanto sufrir,
que aunque se quiera reir
sólo se sabe llorar.

JUAN. ¡Ah, cierto es! tú no sabes
lo que también he llorado.
¡Cuántas veces he envidiado
á la brisa y á las aves!.

MARIA. Mas tu mente en lontananza
una esperanza vería,
en tanto que yo sufría
sin consuelo ni esperanza.

ALC. Todos muerto te creyeron.

BLAS. Menos yo, y hasta hace poco,
todos me llamaban loco
y de mi fe se rieron;

porque en mi constante afán
preguntaba noche y dia:
¿si yo vivo todavía,
cómo ha de haber muerto Juan?
Ya has vuelto; con fuertes lazos
Dios os ha querido unir:
ya no me asusta morir;
ya moriré en vuestros brazos.
(Á María.) No llores, no; sonriente
sigue tu vasto camino:
yo soy un sol que declino,
vosotros un sol naciente;
ya su limpia claridad
inunda el fondo del alma:
¿lo veis? ¡siempre, siempre hay calma
después de la tempestad! (Telón rápido.)

3 0112 115865575

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, Horno de la Mata, 3; y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de la Administración

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.